ELOGIO

Del Excelentisimo Señor
Don José de San Martín
y Matorras Protector
del Perú Generalisimo
de las Fuerzas de Mar
y Tierra

Lima 1822



ELOGIO

DEL EXCELENTISIMO SEÑOR DON JOSE DE SAN MARTIN Y MATORRAS, PROTECTOR DEL PERU, GENERALISIMO DE LAS FUERZAS DE MAR Y TIERRA, INSTITUTOR DE LA ÓRDEN DEL SOL, GRAN OFICIAL DE LA LEGION DE MERITO DE CHILE, Y CAPITAN GENERAL DE SUS EXERCITOS,

QUE

EN SU PUBLICO RECIBIMIENTO EN LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS DE LIMA EL DIA 17 DE ENERO DEL PRESENTE AÑO

DIJO

EL D. D. JUSTO FIGUEROLA,

DIPUTADO SEGUNDO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS, CATEDRATICO DE VISPERAS DE LEYES, PROCURADOR GENERAL DE DICHA UNIVERSIDAD, Y NOTARIO MAYOR DEL ARZOBISPADO.

——o❁o ——

LIMA 1822.= 3°

Imprenta de Don Manuel del Rio.

o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o-o

Excmo. Señor.

La primera Escuela del Perú, enagenada de gozo al contemplar la Independencia de esta América, consagra al Genio de la libertad los homenages mas sinceros, esperando que los mas dignos se tributen á V. E. por la posteridad, cuando los talentos de la Patria hayan elevado su vuelo á la altura, à que no pueden tocar en el dia los primeros sabios, que la condecoran é ilustran. Sí, Excmo. Sr., para esa época reserva la Universidad de San Marcos pagar à V. E. esa deuda, que hoy solo se complace en publicar, para que los hijos de la nueva Aténas cubran el crédito, que dejarán sus padres insoluto. Por que ¿como acostumbrados al miserable lenguage del cautiverio entonaremos himnos propios de la libertad? ¿Ni como avezados constantemente à

quemar un espurio incienso á los jefes que venian à velar sobre nuestros pasos encadenados, esparcirémos los aromas, que la gratitud y justicia exigen se prodiguen al Libertador del Perú? ¿Por qué no han reproducido los siglos los Demóstenes y Tulios? ¿Acaso acabò en ellos el vigor de la fecunda naturaleza? Esas lenguas divinas, mas terribles à los Filipos y Antonios que las falanges y legiones, parece pronunciaron en sus inmortales arengas las oraciones fúnebres à la elocuencia, que iba á sepultarse con la libertad de Grecia, y Roma. Y á las grandes producciones del espíritu sucedieron las bajas adulaciones de los tìmidos talentos subjugados á los tiranos, ò las quejas de los que no podian abatirse hasta adorar á los opresores de la humanidad, que para libertarse del tremendo tribunal de las letras, cuidaban de sofocarlas. Caido el imperio de los Césares y el de Constantino en las varias vicisitudes del mundo político, pasando siempre á diferentes señores, y subdividido el legado del género humano en pocos herederos del poder, despues de la ereccion de las grandes monarquias, y pequeña repúblicas, se han dejado ver algunos fósforos de luz, pero insuficientes á restituir á la elocuencia aquella dignidad propia de su liber-



tad perdida. Y aun cuando se ha recuperado en algunos paises, ó sus voces se resienten del antiguo lenguage de la esclavitud, ó no guardan el decoro del hombre libre por principios, y se escuchan mas bien los ecos de siervo, que rompe las cadenas y blasfema contra el Señor, que las sentencias del sabio en la nobleza de su libertad.

Tal ha sido la suerte de la palabra por casi veinte siglos en el orbe antiguo, en donde tuvieron su domicilio las letras. Y en esta parte del globo, que ilustró la aciaga luz de la guerra, antes que la benéfica de la filosofia, y en donde aun en este primer alcazar de las ciencias, apenas se ha permitido ingreso à las que podian ilustrar al homdre en sus derechos, siendo la mayor pompa de la oracion destinada á inventar nuevas formas de lisonja à los representantes del Monarca ¿cual puede ser el estado de la elocuencia americana? Desde el asiento en que me escucha V. E. oian nuestros vireyes sus alabanzas, y con solo la dignidad del vireynato, ya estaba el orador obligado à convertirlo en héroe, y á formarlo grande desde la cuna, elevando al Apoteosis hombres comunes, cuya pequeñez se hacia mas palpable, cuanto mas se esforzaban los panegeristas à engrandecerla. Hasta aqui han ge-

mido estos oprimidos del peso de la adulacion, y han recelado parecer cortos en sus elogios: yo gimo bajo el peso y dignidad de los hechos, bajo la grandeza de V. E. y temo parecer largo hiriendo su modestia. Mis predecesores han venido en las mas ocasiones á ensalzar á personas solo conocidas por sus casas ò empleos, cuya grandeza y único mérito era, ò la fortuna de sus mayores, ó el gobierno logrado por el favor, ó por motivos menos nobles: yo vengo, no á ensalzar, sino à admirar á un ilustre conocido por sus hazañas, y elevado por el voto de los pueblos. ¡Que diferencia! ¡qué empeño tan distinto! ¡Elogiár à los que solo aparecen grandes en sus panegíricos, ó al que en ellos únicamente se presentarà menor de lo que es en sí mismo, y en la pública estimacion! ¡Celebrar á los mandatarios de la Iberia, ó al Genio de nuestra Libertad! ¡A los que traian la comision de apretar nuestras cadenas, ò al que ha venido solo á romperlas! ¡A los que se fatigaban por regresar á la Península cargados del botin de nuestro oro y plata, excèptos pocos que conservaron sus manos tan puras como sus intenciones, ó al que trabaja en cimentar nuestra Independencia, y en vivir á la sombra de su reputacion, y de la gratitud de los pueblos! ¡O si

yo fuese tan elocuente como sensible! Entónces con solo derramar mi corazon habria llenado los votos de la escuela, y del Perú: entónces cada palabra seria una accion de gracias, y la aprobacion de mi conciencia, de V. E. mismo, y del público, levantarian mi alma sobre sí misma, y la pondrian à nivel con la grandeza del objeto.

¿Pero quien no se incendia cuando arde la sagrada llama de la Libertad? ¿Qué lengua no se suelta cuando por todas partes resuenan los vivas del júbilo público, al pregonarse el decreto de nuestra anhelada Independencia? ¡O padres, ó sabios nuestros, que dormís en la noche de la tumba, y descendisteis á ella dejándonos en la amargura de la opresion! Si acaso en el reyno en que reposais orlados de gloria, sois capaces de gozaros en nuestra felicidad, considerad cual sea, recordando lo que gemiais en silencio, y pedid al Soberano Arbitro de las naciones, que jamas vuelva la América á ser gravada con tal peso: que sea amiga de todos los pueblos, pero enemiga de toda opresion: que use de su libertad de manera que se juzgue no empieza ahora à gozarla, sino que nació con ella: que sus hijos se digan antes de la Patria, que de la familia á que pertenezcan: y que todas las potencias vean en

cada ciudadano nuestro un Caton, un Fabricio, un Valerio,, que de nada se acuerden, sino de la dignidad de hombres libres. Pedid mas:::: pero yo me olvido Sr. Excmo. de V. E. y arrebatado en la libertad de mi Patria, no me convierto al Héroe, que ha venido á establecerla y publicarla. Mas no, no es olvido, sino tener siempre presente à V. E. porque nuestra gloriosa Independencia está de tal modo enlazada al nombre del Wasington de esta América, que jamás podrá hacerse memoria de nuestra felicidad suspirada, sin hacerla igualmente de V. E.; y refiriendose la historia gloriosa de nuestra regeneracion, se referirà al mismo tiempo la del Adalid ilustre, que quebró el cetro de los opresores, y substituyó la gloria à la infamia, la libertad á la esclavitud, la abundancia á la escasez, el decoro á la bajeza, y la alta representacion de los pueblos del Nuevo Mundo à la nulidad en que yacian. Gócese V. E. en la gloria singular de que su fama correrá al par de nuestra grandeza y nombre, y oiga desde ahora las bendiciones de la posteridad, con cuyos poderes hablo, aunque no pueda llenarlos dignamente. Ah! ¡qué timbres tan altos los de V. E.! Los hombres agoviados de la desgracia, y arrastrando una vida que solo animaba por la afliccion, han erigido arcos y

trofeos à los conquistadores, que armados del rayo de la guerra han destruido ciudades, provincias y reynos, pero hoy los pueblos regocijados ensalzan, no al devastador de los imperios, no al azote de la humanidad, sino al hombre que con dolor se ha armado de la espada para forzar á los tiranos à que acaten la libertad que nos ha concedido Dios y la naturaleza. Bendicion, loor y càntico perpetuo al Hijo primogénito de la Patria, que rompiendo la tremenda antigua valla de la servidumbre, venciendo obstáculos á que casi no podia bastar el espìritu humano, logró establecer el trono de la libertad en el centro del mas sistemado despotismo.

¡ Qué grande es el hombre que hace á los pueblos felices ! ¡ Pero qué mayor el que los saca de la desgracia, y los constituye en la prosperidad pública ! ¡ El que no se cree feliz mientras considera en la amargura à sus hermanos! V. E. tiene esta grandeza, y todas sus gloriosas hazañas, y las de sus progenitores se olvidan en ella. Porque siendo V. E. hijo de un Teniente Coronel de la corona de España, á quien por su probidad y mérito se confió el gobierno de Guaranís, en donde viò V. E. la luz primera, antes es hijo de sí mismo, y natural de la América. ¿ Quién recuerda el origen del

Nilo contemplando su caudal en la soberbia Menfis? ¿Ni quien recordará los timbres de sus progenitores, á vista de los de Libertador de la América meridional? Quede à los hijos infelices y á los hombres sin mérito ni virtud atabiarse del ropage de sus antepasados. (a) V. E. puede gloriarse de sus padres y patria; pero mas sus padres y patria de haber dado en V. E. al orbe uno, que aumente el esplendor del género humano, y envanecerse la América de que sus héroes han aparecido obscureciendo el brillo de los del antiguo mundo. Sí: los grandes generales se formaban en la escuela de las grandes virtudes, à presencia de los grandes modelos, y á vista de los laureles. Pero haber nacido bajo el yugo del servilismo, viendo arrastrar las cadenas à sus deudos y amigos, siendo parte de la gloria continuar llevàndolas hasta besar las manos que apretaban los eslabones; y sin embargo levantar su espíritu sobre la educacion, despreciar las mezquina política de la antigua Corte, desestimar los miserables honores prodigados á los esclavos, lamentarse de la desgracia de la Patria, y sin los recursos de Trasíbulo, pero sí con los de su grande corazon, abrigar en su seno las ideas de la libertad, adorarla sigilosamente, y esperar los momentos oportunos para volar à establecerla, multipli-

cándose en los varios puntos á donde le ha llamado el grito de los pueblos, que suspiraban por la Independencia, ò este es heroismo, ò no exîste, ni ha exîstido la heroicidad en la tierra.

V. E. destinado por la Providencia á la empresa màxîma, objeto de nuestra admiracion, es conducido en la primavera de su edad à la Europa, y la contempla cuando la explosion de las ideas, contenidas en la esfera de los pensamientos, iba á conmover à todo el globo. Despues de adquirir los conocimientos militares en el Colegio de Nobles, adornado su espíritu con las luces de la historia y la política, entra V. E. al ejército de España. ¡ Pero què teatro se le presenta ! La Francia, esa nacion amable, pero precipitada en sus pasiones, derribando en público suplicio la cabeza del amigo de la América del Norte, *parece arrojó en ella el guante à las demas potencias de la Europa*, (b) preparándose al duelo mas sangriento de las letras y las armas, esperando á los escritores y á los Reyes coligados en Cruzada contra su libertad. *Su invasion y resistencia, sus conquistas casi fabulosas en los momentos, en que todo amenazaba su ruina, el fanatismo de la libertad, y el delirio de la filosofia encendiendo sus teas funestas, derramando sangre, destruyendo fortunas, y sacrificando víctimas, y ese incendio alumbra-*

do despues de la larga calma que le habia precedido.... (c) ¡ Qué objetos tan dignos de la meditacion tranquila de una alma como la de V. E. ! ¡Y què escuela para formar un hombre público, que desea instruirse en la leccion de las agenas desgracias, para evitar las del pais de su nacimiento ! Allí empezó el caracter de V. E. à desplegar toda su enerjía, viendo el choque del espìritu con el espíritu, del poder con el poder, de las pasiones con las pasiones, y de todas las fuerzas de la humanidad con la humanidad misma. Allí se comunicó á V. E. el espíritu de los Ricardos, Carbajales, Urrutias y Lassis, nombres que la España y las armas recordaran siempre entre sus glorias.

Pero enmedio de los uracanes, que se combatian destruyendo el muro social y religioso, apareció un hombre, à quien fué dado el poder de jugar con las pasiones, de sacar fruto de las virtudes y los vicios, de ocupar la tierra con su nombre, y de mudar la faz de los imperios. Con grandes talentos y luces, y con aptitudes para realizar al Proteo de la fábula, supo encadenar la feroz anarquia, y alucinando al pueblo con prestarse á sus voces, à los sabios con su política versátil, y á los ejércitos con sus victorias, cubierto con los títulos de Ciudadano, General, Cónsul y Emperador, des-

pues de dominar con vara despótica à la Francia, derroca á los Reyes de la Europa, dando en encomienda los tronos á sus hechuras, y aspira á la monarquia universal con la investidura de Regenerador de los pueblos. ¿Cómo podia en ese tan vasto plan no entrar la triste España por vecina, por poderosa y por nula? Aquella gran monarquía, Señora de casi todo el Nuevo Mundo, y esclava del antiguo (d), con caudal para ser la primera, y que por su desgreño era la última en el sistema político: que satisfecha con las glorias del siglo décimo sexto reposaba con ese capital ya perdido, gràvitaba sobre sí misma, durmiendo el sueño de la muerte, y airàndose con los hijos que se exforzaban à despertarla de su letargo. Despues de los cruentos timbres con que la engrandecieron los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores Carlos V. y Felipe II., à quienes dudará la historia colocar entre los grandes hombres, aun cuando les dé lugar entre los grandes Reyes, yacía entregada al arbitrio ministerial, y los nombres de sus monarcas aparecian solo en los anales para fijar las épocas de los sucesos. Pasiones mas ó menos ominosas à los pueblos de las Reynas ó Privados, han conducido el gran carro de la Iberia desde Felipe III. hasta Carlos IV., cèlebre úni-

camente por sus desgracias. Una potencia sin ejércitos, sin marina, sin capitanes, sin sabios, sin espìritu público, sin ilustracion y ¡ qué dolor! sin costumbres, invadida por la primera nacion del globo, que en el fermento de las grandes convulsiones habia abortado grandes hombres en vicios y virtudes, ¡ qué suerte debia esperar en la contienda mas desigual que pocas veces han visto los siglos! Mas se engañaron los que creyeron doblase la cerviz á presencia de las armas del apellidado Omnipotente. El grito de la libertad nacional, y el fuego que esta encantadora palabra comunica á los hombres aun abatidos por sistema y costumbre, suplió por ejércitos, luces y recursos. Al ver à su Rey encadenado, y colocado en el trono un Teniente del opresor, juraron sacrificar las vidas los mismos que sufrian tranquilos el yugo no de los Monarcas, sino de sus estúpidos Ministros. Confesemos aun sobre independientes la gloria nacional, y hagamos justicia á nuestra ingrata madre.

Pero ¡ qué contradiccion de conducta! Cuando en la pública catàstrofe que amenazaba á la Península, todo el Nuevo Mundo no se acordó de sus intereses, atendiendo solo à auxîliar á la madre oprimida con sus riquezas, sus sabios, y con todo gènero de sacrificios:



cuando los hijos del Plata y del Rimac á las màrgenes del Bétis y del Ebro combatian denodados por la independencia de la España: cuando V. E. recibia los elogios públicos por su valor, talentos y luces militares en los campos del honor y de la gloria por los primeros capitanes, publicándose en sus *partes* las alabanzas que naturalmente tributa al mérito la justicia: cuando vacilante el trono de los Alfonsos y Ramiros, solo podia sostenerse por los socorros generosos de los que moràbamos en los paises del Inca y Motesuma, amando por fé à los que se decian nuestros dueños: cuando la gratitud, la política y el propio interes exíjian se acallasen las quejas de la América, y se oyese el justo clamor de sus representantes desairados, y solo llamados por ceremonia: entónces ¡ó necedad! ¡ó delirio! entónces las disertadoras córtes tratan de remachar los clavos á las esposas que oprimian nuestras manos; y con palabras insignificantes, con discursos de pompa pueril, y con insultos agenos del Congreso, rompen el mismo lazo con que trataban de oprimir á unos pueblos tan dignos de ser libres, y tan nobles que se olvidaron de sí mismos por solo aliviar á sus desconocidos opresores. ¡Ah! nosotros no nos hemos desprendido de la España: la España se

ha desprendido de nosotros; verdad escrita en la política y legislacion del Gabinete peninsular, y sostenida por la conducta misma de los soberanos interinos de las Córtes, que trataron de regirnos en nuestra juventud como en nuestra infancia, y de hacer eterno el pupilage de la América, cuando el tiempo, la ilustracion, y la leccion misma de los que en Cadiz clamaban tanto por la independencia, se escuchò en este emisferio, que por trescientos años gemìa bajo el arrendado poder de los mandatarios.

¡Ingrata madre! Todos hemos arrastrado tus cadenas, pero la necesidad, la impotencia y el honor nos han disculpado de esta bajeza. Los sacrificios no han bastado á borrar de tu servil código el sello de esclavitud, con que habias marcado à las Américas, y en la agonia de tu poder conservabas la ferocidad y dureza de tu caràcter. Ni las lenguas de nuestros sabios, ni la sangre de nuestros capitanes en la defensa de tu libertad contra la Francia, fueron motivos para que aflojases las cuerdas de nuestra triste opresion. Y V. E. conducido siempre por principios, combate bajo los primeros Generales de la moribunda España, y merece la aprobacion, confianza y amistad de los Solanas, Romanas y Coupignis, desempeñando el

delicado cargo de Ayudante de campo de estos tres hombres, restos de la heroicidad de los Vivares, Córdovas y Toledos. Y sobre los obstáculos que la política ministerial oponia á los ascensos de los nacidos en esta parte del globo, es elevado á Teniente Coronel de granaderos de caballeria; y cuando Baylen recuerde esa campaña de gloria, ese esfuerzo de su libertad contra la tiranía, recordarà tambien el nombre de V. E., y se cubrirá de luto al considerar que los oprimidos por la España sacrificaron su valor, y se espusieron á ser víctimas por sostener el decoro y dignidad de una madre desnaturalizada é inconsecuente, que miraba como deuda la generosidad de la hija, y que al paso que proclamaba su libertad, sostenia la esclavitud de los que derramaban su sangre por defenderla del yugo de la Francia. ¡Cuanto hizo V. E.! Y todo contra su corazon, animado unicamente por el honor y las circunstancias que le tenian constituido bajo las banderas de los sucesores de Ataulfo. Jamas, Sr. Excmo., se desprenda del pecho de V. E. esa medalla de premio, con que la Nacion distinguió à los fuertes de Baylen. Nada importa para la gloria de V. E., cuyo nombre gravará sobre la historia à la par de los primeros Capitanes; pero importa sobremanera para la justicia de

nuestra causa, para la dignidad de los principios de V. E., y para la confusion de una metrópoli desconocida à nuestros sacrificios.

Ya los pueblos del nuevo emisferio han tocado la raya del sufrimiento, ya han conocido que solo les es propia la miserable gloria del obsequio (e), ó la mas funesta de pasar de la clase de siervos oprimidos, á opresores. Los extremos se tocan en todo sistema, y cuando se ajustan demasiado las cadenas, se rompen por el exfuerzo mismo de apretarlas. Sí: ya se han quebrado por los mismos tiranos, y sus pedazos han resaltado contra ellos y contra los infelices cautivos. Quito, Venezuela, Buenos-Ayres, Chile, Santafé y Méjico han apellidado con ecos uniformes y constantes, ò la libertad, ó la muerte. ¡ Libertad ! ¡ Independencia ! ¡ Insurreccion ? ¡ Qué nombres ! ¡ Qué fuego eléctrico! ¡ Qué rayo ilustrador de nuestros ocultos derechos ! Todo es animado, todo aparece con nuevo ser y enerjía. Las grandes ciudades y los humildes pagos se iluminan con la luz celestial de la dignidad de hombres, hollada por tres siglos. Desaparece momentaneamente la apatía de las pacíficas regiones, y el Genio de la guerra enciende sus antorchas aciagas, pero precursoras de nuestra independencia, y de la felicidad del mundo reciente, que ya desprecia la

tutela del antiguo. Sobrecojidos, aterrados y atónitos los podatarios de la tirania, y tiranos por sí mismos, tiemblan y matan, suspiran y deguellan. ¡Ah! armados con irritacion del poder que se les escapa, inundan de sangre nuestros campos, y llaman en su defensa á los mismos á quienes desprecian y oprimen. Armaos, armaos nos dicen, para permanecer nuestros esclavos: degollad á vuestros hijos y hermanos: derramad vuestra sangre, sosteniendo nuestro despotismo y vuestra nulidad. No penseis en ser hombres: tal dignidad solo es dada á nosotros. La religion y el honor os llaman á empresa tan heroica. ¡O insulto! ¡O degradacion! ¡Miserables! La generacion presente os abandona al odio y desprecio de las futuras, y nuestra noble venganza será que admireis la elevacion de la América, que ya empieza á levantar magestuosamente su cabeza entre las primeras naciones. Vedla creced, lamentad su felicidad y confundios. ¡Qué inútiles son vuestros conatos! Asi como no hay esfuerzos para detener la brillante y necesaria carrera del astro de las luces, tampoco los hay para estorvar el curso magestuoso de la libertad, que en el instante que aparece, corre con agigantados pasos á ocupar el sagrado solio de que le despojó la tirania. Asomó á manera de la aurora, y en el instante su luz pura se

difunde por todo el vasto continente, y en tropel confuso, pero en deseos ordenados, pública ó secretamente todos los nuestros adoran á la precursora del dia, colocándose á la sombra de sus lábaros. Destrozo de fortunas, ruina de campos, muertes de nuestros hermanos presentadas en mil formas crueles no enervan en lo menor el amor á la libertad, lamentándose menos las ventajas de nuestros enemigos, que nuestros propios defectos en los primeros choques, tentándose siempre denodadamente las grandes y peligrosas empresas (f), ansiando por la gloria con la vida ó con la muerte. Y cuanto mas se enturbian las cristalinas aguas de nuestros rios con la sangre preciosa de nuestros Gracos, en la contienda mas heróica de la gloria con la infamia: cuanto mas se embriagan nuestros tiranos, bebiendo en su desesperacion la sangre de nuestros héroes, tanto mas vigorosa aparece la libertad, tomando nuevas fuerzas en sus caidas, cual Antéo, que surgía mas robusto, cuantas mas veces era arrojado en tierra por el hijo de Jupiter, ó cual el Fénix, que muere para recobrar una vida mas perfecta, no siendo sus cenizas patrimonio del sepulcro, sino elementos de mejor existencia.

Pero ¡ah! La América bregando con sus tiranos, y V. E. bajo el estandarte ominoso de la tiranía? ¿Marco Bruto dormirá, viendo la

cautividad de su patria, sin sacrificarle sus talentos y valor, y comunicar su espíritu libre aun á los que permanezcan aletargados en la mas larga servidumbre? Despréndete, despréndete ilustre Camilo de los lazos políticos que te unen á la Iberia, y vuela á arrojar de las capitales del nuevo Mundo á los Brenos, que no nos conceden la libertad con todo el oro y plata de Méjico, y el Perú. Mas V. E. acompaña á sus compatriotas con el espíritu, y se halla en cada instante presente á la sangrienta lucha de la razon y el despotismo, y suspira por volar á asociarse â sus hermanos, participando la gloria y los peligros, ó levantando el trono de la libertad, ó decorando su sepulcro, no sobreviviendo á la muerte de la Patria. Y superior á los obstáculos fisicos y morales de tal marcha, se dirije V. E. al pais en que vió la luz primera, tocando antes en la gran ciudad que baña el Támesis, émula de la libertad romana, en donde se analizan en pleno dia los derechos del hombre, y se calculan los intereses y estados de las potencias de ambos mundos. Nada se oculta á la perspicacia de su alma grande, y enriquecido con ese caudal político se presenta en las fértiles márgenes del Plata, y se robustece la causa de nuestra suspirada independencia. ¡Cuanto vale un hombre de mas,

decia Luis XIV, cuando el gran Vandoma puesto á la frente de los ejércitos en la guerra de succesion por la corona de España, triunfando en Villaviciosa fijó el cetro en las manos de Felipe V.! Buenos-Ayres estaba conmovida pero no sistemada: proclamada su libertad habian despertado las virtudes que la acompañan. Todos los hombres se ofrecian gustosos al sacrificio en las aras de la Patria; pero necesitaban Genios que organizasen las virtudes en desorden, y que reuniendo la calma de la mas tranquila filosofia al valor mas probado, y la política á la milicia, condujesen á su perfeccion el desprendimiento de las Américas y su Metrópoli. La Providencia les deparó en V. E. uno de los hombres propios para el tiempo y circunstancias, que se dió á conocer en el instante mismo en que se colocó en las falanges patrióticas. Sí: el regimiento de granaderos de á caballo levantado por V. E. asombró á los primeros militares estrangeros, que conociéron en él la perfeccion de la disciplina, y toda la brillantéz militar, capaz de competir con los fuertes, que en el Cayro y Austerlitz hicieron temblar á la Africa y la Europa. Pero que mucho, ¿cuando los soldados son el cuerpo y V. E. el espíritu que los anima? Y ¿cuando en su primer ensayo en San Lorenzo, V. E. sin esperar la

infanteria á la frente de solos ciento cincuenta hombres rechaza á quinientos, impidiendoles el desembarco y destruyendolos plenamente; y aunque dislocado un brazo, y herido en la cabeza, siempre con el sable en mano manda y ejecuta, confundido con el último soldado, presentandose en todos los puntos en que dominaba la muerte? Sereno enmedio de los peligros, continúa mandando la accion como el héroe de Thebas la de Leutres, y olvidado de sí mismo, la Patria únicamente le ocupa, á ella ha sacrificado todos sus instantes, y no cree satisfacer plenamente esta deuda mientras le reste uno que deje de emplear por su salvacion y su lustre. Triunfó V. E. . . . mas una bala de cañon mata el caballo de V. E., y precipitado de una altura, un soldado español va á ofrecer en V. E. á su opresora monarquia la victima mas augusta. Yo salgo de mí mismo, temiendo no tanto por la preciosa vida de V. E. cuanto por la mas preciosa de la Patria. V. E. no morirá aunque salga de la vida, pero hoy su brazo importa el de de la Patria. Ya el asesino descarga el golpe; pero un granadero jeneroso no queriendo sobrevivir á la muerte de su jefe, vuela en alas de su amor, patriotismo y fidelidad, y matando al que se gloriaba ya en la muerte de V. E., cubriendose de gloria, salva al apoyo de la Patria.

¡Mas qué contraste! Cuando en San Lorenzo entonaba la Patria los himnos mas fervorosos por los triunfos de V. E., en Vilcapugio vacilaba nuestra libertad con la derrota de sus defensores; y desalentado el ejército ¿quien podrá recojer sus restos y reparar sus ruinas? ¿Quien dar aliento al desaliento? ¡Ya parece ha muerto la esperanza, y se ha sepultado con los campeones que perecieron con las armas en la mano! ¡Ya se gozan nuevamente con un placer feroz nuestros opresores, y ya nos amagan con nuevas cadenas! Los fuertes han acabado ó por los combates, ó por las proscripciones. La nobleza encontrará en la riqueza y honores la recompensa de su esclavitud prefiriendo la fortuna segura que le ofrezca el antiguo gobierno restablecido al peligro de combatir por la suspirada libertad (g). Mas consolémonos. Mesenia consiguió la suya despues de trescientos años, por la espada de Epaminondas, y el alto y bajo Perú, como el feráz reino de Chile, alcanzarán su independencia en igual tiempo por un grande general adornado de las calidades necesarias para imperar á la victoria. ¿Quien puede reorganizar el ejército destrozado, sino un jefe de una constitucion robusta y superior á toda fatiga, que reuna la pericia al valor, y á la resolucion de emprenderlo todo el

menosprecio natural de los placeres? ¿Quien sino un militar que posea el arte de la guerra, que hermane el ardimiento y la prudencia, y tome las medidas mas justas para la ejecucion de sus designios? ¿Que cuando sea necesaria la fuerza para el fin de sus empresas, sepa emplearla siempre conservándola, y cuando las materias pidan tiempo, oculte sus proyectos, disimule, engañe al enemigo, inspirandole una seguridad ilusoria, y se aproveche de sus descuidos é ignorancias para arruinarlo completamente? ¿Donde hallar un hombre que conciba y ejecute las mas altas empresas, descendiendo igualmente á las últimas, y prestandose á todas como si á cada una dedicase todo su espíritu? ¿Que una á la elocuencia popular, la insinuacion, el gesto (h), y la constante posesion de sí mismo, que sepa dirijir á los hombres, porque sabe mandar sus pasiones y que sea de un modo asombroso el jefe y el amigo de los soldados y los pueblos? Me abstengo, Señor Excelentísimo, de nombrar al que destinan los cielos para tan altos fines, y sobre todo para la libertad de mi Patria. ¿Ni á qué nombrarle cuando ya está conocido en este imperfecto bosquejo? Ya somos libres: únicamente adulan los esclavos, y yo hablo por un cuerpo de sabios, los últimos que doblan la cerviz,

abatiendose á incensar el ídolo que erige el poder ó la lisonja. Pero á la manera que es despreciable el panegerista de los tiranos, es injusto el que encargado de ensalzar el mérito público, silencia el digno elogio á que es acreedor el que se arma por la justicia para defender la inocencia, amparar la debilidad, y consolar la desgracia; y que si se vale de los horrores de la guerra, es para establecer la paz, apareciendo tan terrible en los combates, como humano en la victoria (i). V. E., dotado de las calidades propias á formar los grandes hombres, era solo capaz de resucitar al muerto ejército, de presentarlo en estado de hacer temblar con doble motivo á los opresores, y de destruir los delirios con que se prometian perpetuar su dominacion detestada constantemente por los pueblos.

Mas tanta fatiga de espíritu y cuerpo, sin dar á la naturaleza el reposo que demanda por necesidad y justicia, deteriora su salud, y la humanidad se rinde, á pesar de que V. E. se empeña en sostenerla: y retirado á restablecerse en Córdova, en el instante en que se repara débilmente es destinado al gobierno de Cuyo, erijiéndose á sus instancias en intendencia, trabajando en ese punto militar y políticamente como un gran Capitan, y un gran hombre de

Estado; cubriéndose al mismo tiempo de la gloria militar y civil, apareciendo igualmente grande en el gabinete y la campaña. ¿Quien duda que la fuerza y la constancia tranquila, que demanda el gobierno de los hombres, debe contarse entre las heróicas virtudes, y que en ocasiones las campañas del gabinete son mas acreedoras á la gloria que las de los grandes generales, por exîjir mas estudio y fatiga, multiplicandose el hombre para atender à las primeras y últimas necesidades del Estado? (j) Si los que antes conocieron la provincia de Mendoza, y exàminaron su falta de recursos, y arbitrios para establecer una policía vigente y decorosa, y lo que es mas, para levantar ejércitos en donde no habia siquiera ideas de milicia, contemplar su presente cultura y que de su centro salieron los valientes libertadores de Chile, se preguntaràn atónitos ¿como ha podido obrarse tal prodigio? Pero ¿de qué no es capaz el hombre con disciplina, y qué no emprenderà el que conoce el corazon humano, los tiempos y circunstancias, y saca el debido fruto, de sus reflexiones pacificas, teniendo vigor para executar lo que piensa? Si el Arauco defendiò su libertad por muchos años contra la España con indigenas sin mas cota ni àrnes que la piel de sus pechos, y el amor de su Indepen-

dencia, al recuperar esta libertad tan ansiada hombres recientemente formados, y animados por el fuego abrasador que les comunicó el Prometeo que los dirije, quebraron el cetro que gravaba sobre esos pueblos de un modo tan luctuoso: haciendo ver al mundo antiguo el reciente, que si le habia dado el último testimonio de su paciencia, tocando en el heroismo de la servidumbre (k), era llegado el feliz tiempo de que recuperando sus perdidos derechos, acreditase el heroismo de la libertad, y se manifestasen las virtudes, que la escoltaron, cuando se dexó ver en las repúblicas, que subsistieron en todo su esplendor mientras supieron conservarla.

Chile, el mejorado jardin de las Hespérides, el Eden delicioso del globo ofrece el cuadro mas acabado del dolor. ¡Que sangre, que làgrimas han manchado su natural, y majestuosa hermosura! Treinta tiranos la han oprimido en las varias épocas de su glorioso choque, y entre ellos sus mismos hijos, que la han protegido despedazando sus entrañas. No nombremos á estos desnaturalizados patricios, que ni con su sangre han lavado las manchas de sus crimenes; compadezcamos à los hombres, que en su fondo son mas débiles que malos; y mas al pueblo que gime bajo un gobierno, que solo medita co-

mo hacer infelices y delincuentes, que tiene contados aun los suspiros de los habitantes (l), y que en cada uno de ellos considera una victima propia para la expiacion de la alta culpa de haberse proclamado independientes. Todo respira ruina de familias, proscripciones de ciudadanos, lágrimas de madres, hijas y esposas: y se halla el pueblo ni en tumulto, ni en quietud, sino en el fúnebre silencio de la ira y del terror (m), frutos miserables de la tiranìa, cuando en tal angustia el nuevo Anibal atraviesa los Andes, como el antiguo los Alpes. Por veredas no holladas por la humana planta, ó apenas accesibles à un esfuerzo sobrehumano, sosteniendo acciones, y venciendo riesgos á cada paso, penetra los Patos, Chupayas y Coimas (n) y presenta su fatigado exercito en Chacabuco. Marcò en la capital, y Maroto en el campo se enagenan por la sorpresa, y son casi derrotados antes que las tropas se batan en campaña. Los ejércitos de Darío contienden con los hijos de la Libertad, vigorizados por el gefe, que solo respira Independencia. Las primeras descargas de nuestros cañones anuncian nuestro triunfo, y la espada de V. E. con solo su brillo ha asustado á los bravos en sus gavinetes, pero no tanto en los campos de Marte. El terror se apodera de los enemigos al ver que mas arde en nuestras legiones el fuego de la li-

bertad que el no interrumpido de la espantosa artillería. La victoria es nuestra: los himnos de la libertad se escuchan en nuestros reales: entran las armas de San Martin en Santiago de Chile, la augusta bandera de la Patria se tremola magestuosamente, abrigando á sus hijos oprimidos, y sucede á la congoja pública el júbilo de todas las clases y condiciones del Estado, que en el éxtasis de su regocijo aun dudan lo que sienten y perciben, y solo se convierten al Dios de los Ejércitos, en cuya mano está la suerte de los pueblos, bendiciéndole por haber armado de fortaleza al Héroe, que recordarán absortas las generaciones.

El último sucesor de Pizarro, y sus proceres subalternos sobrecojidos del espanto, é incitados del enojo en sus complots de sangrienta venganza, y de su agonizante poder, meditan, combinan, y resuelven la expedicion contra Chile, reconcentrando sus fuerzas, y poniendo en actividad todos los resortes de su débil política. Y despues de los horrendos preparativos de muerte, obligando à la ciudad á extenuarse sobre exànime, para que gozase el bien de remachar sus grillos, vimos con dolor una cuidad marítima en nuestro puerto, y suspiramos por la suerte de Chile, y la nuestra. Jamas fueron

ocupados nuestros mares de armada mas lucida y numerosa. ¡Tantos navios, tantos peltrechos, tantos veteranos aguerridos, prometièndose los laureles en el instante que se dejasen ver en Talcahuano, todo anunciaba el triunfo del hijo de Pezuela, que ya se gozaba en repetir la triste escena de Rancagua! Pero este desconsiderado Hector no iba à combatir con Patroclo, sino con el mismo Aquiles, cuyas armas brillantes como el sol cuando sale del seno de las ondas haràn temblar al hijo de Priamo, y buscar su salud en la fuga (o). Esta consideracion era nuestra única esperanza, ahogados en el susto y la sozobra. Soldados que habian medido sus fuerzas con la Francia, regimientos expertos, diciplinados con todo el rigor del arte, y estimulados por el botin, van á chocar con reclutas que los mas de ellos por la primera vez se presentan al enemigo. Se avistan los ejercitos en Cancharrayada: los fuertes de la Patria ansian por señalar su ardimiento, y buscan solo la gloria en el triunfo ò la muerte. Y si por un instante en ese punto alhaga à Osorio la fortuna, es para inspirarle el insano proyecto de conducir sus tropas à las riberas del Maypu. ¿Del Maypu? Ah! ¡Los siglos acaso reproducen en el Mundo Nuevo la campaña de Filipos, y tiemblan combatientes, y es-

pectadores por el èxîto de la batalla! El corazon palpita queriendo salir de su seno, y el espíritu pierde su energia fijándose en estos instantes.... ¡Dia cinco de abril del año décimo octavo, no estas escrito en piedra blanca, ni en bronce, sino esculpido en el corazon de todo americano! ¡Que horror! ¡Que sangre! ¡Que campaña! En balanza estan los destinos de los sacrificadores, de las victimas, y toda la suerte de la América. ¡Dios eterno! ¿Por quien decidiras la victoria? Que la sangre de tu Hijo contenga el derramamiento de la nuestra... Ya se oye el clamor de los soldados, y el tremendo sonido de las trompetas marciales:::: (p) ya principia el combate:::: la muerte domina en ambos campos, y caen los primeros, y los últimos, lamentandose para no acompañar á sus hermnnos hasta la decision de la batalla. El fuego, fierro y plomo extermina las alas de una y otra falange. Viva la Libertad:::: viva la España, son los únicos ecos que se escuchan, mezclados con los últimos suspiros de los que exâlan el espíritu. Ya vacila la suerte de la Patria; ya la de sus tiranos. ¡Que alternativa! Un siglo, un siglo ha corrido en las cuatro horas del combate.... ¿Quien descontara estos instantes de la sucesion del tiempo? ¡Hasta cuando! Pero americanos, respirad, conso-

laos, vivid, coronad à vuestros campeones, la victoria es nuestra: ya el Milciades de la nueva Atenas à la frente de sus gefes, exôrtando con su exemplo à los soldados, é impertérrito en los riesgos ha establecido la libertad de esta Amèrica, y ha humillado la fiereza de los Persas. VIVA LA LIBERTAD, Y EL HEROE POR QUIEN TIENE VIDA.

Chile erigió el monumento augusto de su libertad sobre los cadàveres de sus hijos, y de sus opresores; pero el Bajo Perú gime condenado á la arbitrariedad de los vireyes, que sintiendo el bayben frecuente de su trono, y el golpe mortal de su poder en la derrota de Osorio, ya pasan del dolor al delirio, y no hallan fijeza, ni en sus obras ni en sus pensamientos. Contribuciones, cupos, juntas de arbitrios, empréstitos voluntarios, alivios del momento, todo conducia á su pronta muerte la dominacion de España. Roma no quiere à los Tarquinos, por mas que se esfuerzen à ocupar el solio, de que han sido arrojados. Ya sienten su nulidad, y se enfurecen, ya tientan medios, y encuentran desengaños, y á manera del enfermo, que no puede sobrellevar ni los males, ni los remedios (q), ven proxîmo su fin, y se alucinan con la esperanza de la vida. Mas como viento levìsimo se les huye esta ilusion al divisarse las velas de

las naves de Fingal, tan claras à nosotros como el albor del oriente, y tan suspiradas como la luz pura de los cielos, á cuyo esplendor fugó la triste y larga noche de nuestro cautiverio (r). Ya el caudillo de la libertad toca en el puerto de Pisco, tremola el ayroso estandarte de la Patria, y proclama su independencia en el mismo momento en que felizmente pisa nuestras costas. El solo nombre de V. E. augura la caida del imperio de nuestros antiguos Reyes: sus representantes atónitos y sin aliento se abaten perdiendo los últimos restos de esperanza, con que se prometian prolongar su dominio aborrecido. Las tropas de la Patria se dejan solo ver, y se abren los pueblos al ilustre capitan, que ceñido de laureles en San Lorenzo, Chacabuco y Maypu, despues de haberlos segado en la Europa, aun cree no haber hecho nada por la Patria, porque aun le resta que hacer, y abandona el reposo por la fatiga para quebrar las prisiones en que yace el Perú, que clama por la libertad, envidiando la suerte de los pueblos que ya la disfrutan por su brazo. ¡Qué mucho se abran los pueblos al hijo de la victoria, que se negó à las justas recompensas que le brindaba la gratitud de Chile, desdeñando los grados, riquezas, y la misma Suprema Direccion, contento con la satisfacion de merecerla, y con

el amor de los pueblos, único patrimonio que no renuncian las almas grandes. Guayaquil se proclama inpependiente, y Trujillo animado por su digno Gefe, recuerda que en su suelo defendió su libertad el gran Chimu. combatiendo con el mismo Inca Yupanqui hasta desbaratarlo, y poner en peligro su potencia, y prueba que los siglos corridos desde esa accion hasta el dia, no han estinguido su odio á la dominacion estranjera. Y tú, Lambayeque, amada cuna mia, tubiste la gloria de levantar en esa comarca la primera voz por la libertad, y de acreditar eras digna de la elevacion á que aspirabas. Recibe el homenaje de un hijo, que se goza en tus virtudes, y espera los que te consagre la patria en todos tiempos.

V. E. no puede escribir lo que Julio Cesar: llegué, ví y vencí; sino, llegué, y la noticia de mi llegada hizo volar á los pueblos á abrigarse á la sombra de mis banderas, nuncias de su libertad. Pezuela es derribado de su trono por los gefes de su ejército, varios de ellos sus hechuras, que le imputaban las desgracias de las armas españolas cuando con mas filosofia deberian haber hallado la causa en las consecuencias necesarias de la constante opinion de los pueblos por su emancipacion de la Península. La Serna apa-

rece de Virey momentanea y militarmente erigido por los gefes de la tropa, que no atinan en sus providencias, caminando mas velozmente al precipicio cuanto mas se empeñan en sostenerse. V. E. tranquilo observa que ya han perdido el rumbo los pilotos, que en la borrasca política, trabajaban por conducir á puerto seguro la nave de la España: y reparando los destrozos que hace la epidemia en mas de la mitad de sus tropas, con los patriotas que de todos puntos vuelan á reunirsele, permanece esperando el momento de triunfar sin combate, economizando la sangre de los que viene no a destruir, sino á protejer; y aproximado al Ancon, la desordenada potestad de la Hesperia con sus falanjes, precipitada y atónita huye de la ciudad, á la manera que las aves de la noche dirijen aterradas el vuelo á sus guaridas, al percibir los cándidos crepúsculos de la aurora; y los ejércitos de la Patria entran á Lima precedidos de las aclamaciones y del júbilo, expresando la ciudad en mil formas su placer, tanto tiempo reprimido, recibiendo á V. E. con mas ansia, que la capital del orbe al Hijo de la Patria, que del lugar de su destierro vino á romper las cadenas de que la habian cargado los Galos, y á restituirle su antigua dignidad. Y V. E. es saludado por el Libertador mas humano, aspirando todos al placer de conocerle; corrien-

do en tropel los grandes y pequeños, las mugeres y niños, oprimiendose por verle, tocarle y abrazarle, dándose los plácemes de haber logrado tal satisfaccion. El iris despues de la tempestad mas destructora, no fué tan agradable. V. E. á todos se presta, á todos escucha, á todos contesta, á todos abraza, y los ojos no tienen otro objeto que V. E. Pero el hombre de campaña es tambien el hombre de Estado, y con la vista fija en el ejército, dando las providencias mas enérjicas para frustrar los planes del enemigo fujitivo, parece atender únicamente á cimentar nuestra independencia, jurandola en nuestras plazas y calles, siendo al mismo tiempo el Gefe y el Heraldo que la anuncia, enarbolando por su propia mano el estandarte de la Patria, en medio de la pompa mas solemne, y exclamando con una voz que penetró lo íntimo de nuestras almas: EL PERU DESDE ESTE MOMENTO INDEPENDIENTE DE LA ESPAÑA, Y DE TODA POTENCIA POR SU VOLUNTAD, Y POR LA MISMA JUSTICIA. ¡O dia eterno! Cuando quinto Flaminio en los juegos istmicos promulgó la libertad de la Grecia, de que la habia privado Alexandro, que hasta el dia con insulto á la humanidad sigue llamándose Magno, fué tal el regocijo del pueblo, y tan esforzado el clamor del placer, que herido el aire por las voces de la multitud enaje-

nada, roto el equilibrio del elemento en que se sostenian las aves, cayeron precipitadas á tierra (s). Pero cuando V. E. nos anunció nuestra libertad con la magestad de su caracter y de la misma embajada, absortos en nuestra felicidad, nos encantamos con ella, y con el paraninfo, que nos traia la nueva tan suspirada.

¿Qué virtud es esta que destruye y edifica al mismo tiempo? Cuando V. E. derriba sin derramar una gota de sangre el muro de la España, construye en el momento sin fatiga el de la América. Ereccion de ministerios y tribunales, decoro de la policia, extincion de tributos, libertad de los *Vernas*, institucion del Gobierno provisorio, paso franco del honor á todas las clases del Estado, nuevas órdenes de la Patria, fomento de la pública ilustracion, libre comercio.... ¡Cuanto, cuanto en tan cortos instantes! Y sobre todo, ver aproximarse al ejército enemigo, despues de su precipitada fuga, que reconcentrando sus fuerzas, regresaba á recobrar la ciudad que habia desamparado, dejar entrar á sus gefes á las fortalezas, inspirarles la mayor confianza por la ocultacion de nuestras tropas, y presentarse estas súbitamente en toda la pompa marcial, y con la dignidad de guerreros libres, y con solo su presencia aterrarse los opresores, fugar desesperados y rendirse los castillos sin dis-

pararse otros tiros que los de las salvas al enarbolarse en sus torreones las banderas de la Patria... ¡Qué sucesos! ¡Qué prodigios! Mas facil es numerarlos que engrandecerlos. Quede este acopio á la posteridad, siendo hoy toda alabanza inferior á los hechos. y expuestas á obscurecerse por el explendor de los hechos mismos (t). Quede tan gran caudal á los Homeros y Virgilios, á los Osianes y Tasos, que producirá el nuevo mundo, cuando ya cosechen los frutos de su libertad, cuya semilla acaba de arrojarse en sus campos. Pero ya arrebatado mi espíritu á esos tiempos felices, escucha los cánticos acordes de las Musas, y los himnos fogosos de la gratitud de los pueblos. Sabios que decorais este Liceo, y que derramais la luz benéfica de la ilustracion, comunicando al espíritu el fuego divino, como el Sol el material á la naturaleza; vosotros á quienes es dado extender la vista hasta el horizonte de lo futuro, y escuchar los ecos de la posteridad mas remota, abrid vuestros ojos para ver, y preparar vuestros oidos para oir lo que no ve, ni oye el resto de los hombres. Ved y oid por todos ellos. ¿No veis ese arbol magestuoso, cuyas raices se dilatan por las regiones del Plata, Chile y el Perú, bañado por mil mares dulces, que besan su planta con respeto, y cuya copa se oculta entre las nubes? ¿No veis que su sombra be-

néfica abriga á los poderosos y humildes, y no veis la risa y el placer en todos los que acojidos á ella publican su felicidad en sus semblantes? Luces, industria, comercio, fraternidad y todas las virtudes son los frutos que producen todas las estaciones de su constante primavera. Ya no se aproximan temblando los esposos á sus lechos, temiendo hacer infelices á sus hijos, y los esclavos bendicen el fruto de su amor, pues le miran libre de la servidumbre y de la infamia: todo respira libertad y honor, y el nombre de la Patria se lee unido al del Hijo, que justamente se aclama Padre de ella. Ved sobreviviendo su memoria à la voracidad de los siglos, y vedle cultivando con sola su fama ese arbol, que en cada instante reverdece. ¿Ya habeis visto el grandioso espectáculo que os presentan las generaciones que van á sucedernos? Pues escuchad el celestial concierto, en que se ensalza á la Patria, y al Héroe, que la extrajo del polvo de la nulidad civil al solio de su grandeza. Oid, oid, no es ilusion. ¡Qué gozo! ¡Qué dulzura! ¡Qué melodia! Los coros de las Ninfas vestidas con la ropa de la inocencia, y coronadas de rosas y azucenas, á orillas del Uruguay, del Plata, del Paraná, del Maypu, del Mapocho y del Rimac, han templado sus liras de oro, y han detenido con sus cantos las aguas, las fieras y las aves. ¡Qué suavi-

dad! ¡Qué armonia! ¡Quien tubiera mas de un corazon para sentir inundándose en este torrente de placeres! Ya, ya empiezan sus cánticos, escuchémoslos: Libertad, dicen, descendida de los cielos, rayo de la Divinidad, madre de las virtudes, salve, salve, salve. ¡O Patria! La religion del Evangelio es tu primera y sólida guirnalda. ¡Jamas, jamas se marchitan tus laureles! Tu pabellon brillante es acatado por todas las naciones, y á su vista se embotan los rayos de la guerra: todos te saludan amiga y no Señora de los pueblos. Pero en todos dominas por el amor, don necesario que ofrece gozoso el genero humano á tus virtudes. Gloria te sea dada, y al hijo que rompiendo las esposas á tus manos colocó en ellas el cetro. Buenos-Ayres, Chile y el Perú son libres, porque San Martin quebró sus cadenas desde el momento en que restituido á la Patria, restituyó consigo la Patria misma (u). Pueblos, repetid el nombre de vuestro Libertador, y encargad á las generaciones que os sucedan, que todas le consagren el tributo de la admiracion, gratitud y ternura.



FE DE ERRATAS.



Pag. 2. lin. 15 *subjugados*: lease subyugados.
Idem lin. 25 *pequeña*: lease pequeñas.
Pag. 3 lin. 5 *de*: lease del
Idem lin. 16 *hondre*: lease hombre.
Pag. 7. lin. 3 *reynos*, lease reynos;
Pag. 8. lin. 21 *las mesquina* lease la mesquina.
Pag. 25 lin. 17 *contemplar*: lease contemplan.
Pag. 27. lin. 7 y 8 *y se halla el pueblo ni en tumulto*
lease y no se halla el pueblo en tumulto.
Pag. 29 lin. 2 y 3 *peltrechos*, lease pertrechos,
Pag. 30. lin. 17 *para* lease por
Pag. 37. lin. 7 *expuestas*: lease expuesta
Idem lin. 10 *cosechen*: lease coseche
Idem lin. 28 *nuves*: lease nubes.
Pag. 38 lin. 6 *producen* lease produce en
Idem lin. 9 *y los esclavos* lease y los mismos esclavos

NOTAS.



(a) Plutarc. in vit. Arat.

(b) Historia de la revolucion de Francia por dos amigos de la libertad.

(c) Prefacio á la historia de los principales sucesos del reynado de Federico II. Rey de Prusia.

(d) Mr. de Pradt en su obra intitulada las tres edades de las colonias, ó de su estado pasado, presente y futuro.

(e) Nobis obsequii gloria relicta est. Terentius apud Tacit. annal. lib. VI.

(f) Pericl. apud Thucydid. lib. 1.

(g) Cum ferocissimi per acies, aut proscriptione cecidissent: cæteri nobilium, quanto quis servitio promptior, opibus et honoribus extollerentur, ac novis ex rebus aucti, tuta et præsentia, quam vétera et periculosa mallent. Tacit. Ann. lib. I.

(h) Suplement. Plutarc. in vit. Jason.

(i) Introduccion al conocimiento del hombre.

(j) Sunt domesticæ fortitudines non inferiores militâribus, in quibus plus etiam, quam in iis operœ, studiique ponendum. Cic. de offic. lib. 1.

(k) Dédimus profecto grande patientiæ documentum, et sicut vetus etas vidit quid últimum in libertate esset, ita nos quid in servitute. Tacit. in vit. Agric.

(l) Cum suspiria nostra subscriberentur. Tacit. in vit. Agric.

(m) Neque populi aut plebis ulla vox, sed attoniti vultus, et conversæ ad omnia aures. Non tumultus, non quies, quale magni metus, et magnæ iræ silentium est. Tacit. histor. lib. I. °

(n) ¡Que lugares para transitarse por un ejército!

(o) Achiles. . . . .

Circum vero æs splendebat simile fulgori,
Vel ignis ardentis, vel solis orientis.
Hectorem vero, ut vidit, cæpit tremor, neque amplius sustinuit
Illic manere, à tergo autem portas reliquit, abiitque metu fugatus. Iliad. lib. XXII.

(p) Exôritur clamorque virum, clangorque tubarum. Æneid. lib. II.

(q) Ire cæperint precípites, donec ad hæc tèmpora, quibus nec vitia nostra, ne remedia pati póssumus perventum est. Tit. Liv. in proem. lib. I.

(r) Osian en su poema de Fingal cant. 2.

(s) Plutarc. in vit. Quint. Flam.

(t) Dicent hæc plenius futura sæcula. Nunc enim cæterarum fulgore virtutum laus ista perstringitur. Quintil. institut lib. X. cap. I.

(u) Restitutus (Camillus) in patriam, secum patriam ipsan restituit. Tit. Liv. lib. VII. cap. I.

——o❀o——

